

Naturalmente, cuanto refiero aquí es obra de las noticias que me comunicaron los que salían de las juntas: yo nada vi, porque todo era secreto mientras se trataba, aunque público desde que se salía de la reunión. Los partidos y las tendencias eran casi tantos como las personas. El Emperador, asediado por sus eternas dudas y sus vacilaciones eternas, tenía formado su propósito de quedarse en México por la sugestión que en su ánimo ejercía á distancia el famoso Eloin; pero necesitaba que le forzaran la mano, pedía que le obligaran á quedarse, quería que le ayudaran á querer. Su intención oculta era decirnos el día menos pensado «ahí queda eso», como el cura de Gavia; su mira principal consistía en ser Emperador de Austria, pero era menester que le hicieran ver que el patriotismo y el altruísmo y el deber y todo le exigían seguir empuñando el cetro, y que se creyera que se había sacrificado líricamente, poéticamente, noblemente...

Los conservadores se veían como los gallegos del cuento, *sulitus*; si contaban con un jefe, con un conductor, con un principal, estaban salvados, pues el feroz Juárez, por más que viniera armado de toda la mala intención del mundo, no se atrevería á poner la mano sobre gentes que estaban á las órdenes nada menos que de un archiduque de Austria, al cual á lo más se le podría coger, embarcarlo en un buque de buen andar y que no cabeceara mucho y decirle con todo el respeto debido: «Sírvase

Vuestra Alteza volverse á su tierra y no se le ocurra llegarse más por aquí, porque á la otra le impondremos unos días de arresto.» Pero solos, solos, sin auxilio, ¿qué sería de ellos? ¡Horror causaba pensarlo! Había, pues, que convencer al príncipe y que comprometerle á que no dejara las cosas antes de tiempo.

Los liberales sabían bien que era segura la caída del imperio, mas aconsejando el embarco del Emperador quedaban en la verde: el Archiduque no podía quejarse de que no cuidaran su persona, y Juárez no podía estar descontento de quienes apartaban un obstáculo de su camino. Eran los hábiles de siempre.

El proto-maximilianista Lacunza, hizo boca poniendo el paño al púlpito. Tomó como texto las palabras de Maximiliano el 16 de Septiembre anterior: «*Un verdadero Hapsburgo no retrocede á la hora del peligro*», y dicen que labró grandemente en el ánimo del príncipe aquella exhortación, en que salían á danzar los cartagineses, Atilio Régulo, Cola di Rienzi, Aristides, Bonaparte y San Pablo: era la reproducción de sus lecciones de historia en Letrán. «Sire, concluyó el fogoso Lacunza, exclamado como el gran soldado francés de la guerra de Crimea cuando le exhortaban á dejar el punto que había defendido con su sangre y con su honor: «*J'y suis, j'y reste...*»

Las juntas tuvieron dos objetos: resolver si debía continuar el imperio y si eran suficientes para que siguiera

subsistiendo los pocos recursos con que se contaba. El lunes veintiséis de Noviembre la junta estuvo abierta casi sin interrupción, y á la salida se supo el resultado; el imperio continuaba y se buscarían recursos para que subsistiera.

— Ocho votos por la abdicación, diez por la subsistencia del imperio, exclamaba Lares frotándose las manos; en cuanto á los recursos, nueve y nueve, es decir, empate: decidí yo con mi calidad de presidente de la junta...

Y en efecto, así era: Maximiliano se quedaba, los conservadores seguían encargados de conducirlo y explotarle, como si fuera un santo milagroso que hubiera que traer de pueblo en pueblo, y las limosnas que reunieran las aplicarían al objeto que mejor les pareciera.

— Todo listo, nos explicó Fischer en una conferencia que nos dió acerca del caso; todo listo: Márquez y Miramón forman dos ejércitos, uno para cada uno; Márquez toma á México como núcleo, trata de alejar á los revoltosos del Valle y corta la comunicación de Porfirio Díaz con el centro del país, al mismo tiempo que procura envolver á este caudillejo disidente. Miramón sale de México, armado de su ímpetu y de su audacia tan conocidos, vence á Escobedo; ayudado de Mejía envuelve á Corona, deshace á Régules y regresa á México para seguir hasta Oaxaca, envolver á Porfirio Díaz y destrozarle.

— Como la pastelería, pensé; cortar y envolver.

— Ya Márquez y Miramón están listos, explicó Lares embozándose en la pañosa; sólo faltan los ejércitos, pero eso es cosa fácil: ochenta mil hombres como quiera se sacan, y cinco ó seis millones de pesos son cosa de coser y cantar.

— ¿Y se puede saber, don Teodosio, de dónde sacará usted esos dinerales y ese gentío? preguntó la acartonada figura de Cortés Esparza desde lo más distante del grupo.



— ¿El dinero?
¿Los hombres? Ese es el secreto del ministerio, mi querido don José María.

Y puso término á la conferencia sonándose con un estrépito que mal año para las trompetas de Jericó.

Cabalmente en esos días llegó un pequeño libramiento á mi favor, y el Emperador quiso entregármelo en propia mano. Acababan de salir los últimos politicastros y

los hombres que habían desempacado algunas cosas de las que Maximiliano mandaba á Europa.

— Ya sabrá usted la noticia: me quedo, me quedo á seguir la suerte de los simpáticos mandarines que me tienen secuestrado... Ya lo he dicho: un verdadero Hapsburgo no retrocede á la hora del peligro, y como ahora lo hay, no me he de ir atrás. Venga lo que Dios quiera... ¡Venga lo que Dios quiera, lo mismo el concordato del tunante padre Fischer que la inquisición del pelucón Lares! Dios dirá... Usted guarde bien esos dineritos, que no sabemos los tiempos que vengan... Por supuesto, que no desisto de mi idea de que vaya usted á acompañar á la Emperatriz: irá usted, iremos juntos, luego que pasen estas dificultades y que hayamos consolidado la situación aquí... Mire usted, me dijo señalándome los cuadros y estatuas que acababan de desempacar, lo que he hecho volver desde Paso del Macho: si se fuera todo, me parecería que se iba el último nexo de mi persona con el mundo bello y grato, con el mundo del arte, que después del de la política es mi mundo predilecto... ¡Vea usted qué retrato de Bonnat, qué *Argelina* de Fromentin, qué *Virgen* de Antollini, qué *Mártir* de Gerôme! Y luego, ¡vea usted qué estatuítas de Tanagra y qué ídolo azteca tan delicado!...

— ¿Delicado, Sire? ¡Es un horror!...

— Calle usted y no diga eso. ¿Si fuera el verdadero Dios?

Oímos en eso un ruido inmenso que hacía retemblar el techo del cuarto en que estábamos: era una tempestad de gritos, vivas, estallidos, voces ahogadas, disparos y rugidos.

— Son los mochos, son los cangrejos, que tratan de demostrarme con esa manifestación organizada por ellos, que el pueblo está encantado por mi resolución. ¡Qué puerilidad! Más valiera que se dedicaran á juntar ese dinero y esos hombres que necesitamos para triunfar. Me deben más de doscientos mil pesos de mi lista civil y puede usted estar segura de que no me los pagarán... El dinero lo gastan en cohetes y en salvas.

Pero el Emperador se engañaba; así como las madres de familia suelen dar un peso y un dulce al niño que se bebe la purga ó se deja poner la ayuda, así los conservadores se aplicaron á recompensar la buena conducta de Su Majestad dándole diez ó doce mil pesos, poniéndole un tiro de ocho mulas al carruaje que usaba y haciéndole otras concesiones así de liberales.

Al fin se anunció la salida para México; pero no quisieron los cangrejos dejar la ciudad sin hacer alguna que fuera sonada: prepararon un banquete en que abundaron las trufas y el champagne, pues teniendo dispuesto sacar cinco ó seis millones para la guerra, no parecía excesivo destinar cinco ó seis miles á la bucólica.

A mí me tocó sentarme á la derecha del Padre Eterno, digo del padre Fischer, que estuvo por demás galante alabando mi tez, mis ojos, mi cintura, mis manos, y sobre todo mi ingenio, hasta que por fin se arrancó con una declaración más ó menos embozada. No puedo ocultar que recibí de muy mal talante aquella acometida, pues enamorarme de un cura me haría el mismo efecto que enamorarme de un hipógrifo ó de un toro alado.

— Usted no se decide, señora, porque ama todavía á un sujeto que se burló de su buena fe.

— No, padre.

— ¡Qué padre, ni qué niño muerto! llámeme usted Agustín.

— No es que le ame, es que tengo que vengarme de él.

— Edmundo Dantés ó el conde de Montecristo, novela por entregas.

— ¡Padre!

— Llámeme usted Agustín; se lo ordeno, me decía con la cara congestionada y los ojos brillantes.

— Tan firme es mi propósito de venganza, que he emprendido viaje á Europa sólo por realizarlo.

— ¿A Europa?

— Sí, á Europa.

— ¡Pero usted no está en sus cabales! me replicó hablándome con la lengua estropajosa y crecida de volumen.

— ¿Qué dice usted?

— Que no está usted en su juicio: Lapierre no ha salido de México.

— Usted es quien no rige bien de las entendederas: Lapierre ha estado en Europa; paseando con la Emperatriz por el Pincio le vi en compañía de esa mala pécora de su mujer.

— ¿Iba usted con la Emperatriz? Eso es lo que dice el refrán: un loco hace ciento: preocupada usted con la idea de que Lapierre estaba allá, y preocupada ella con todas las suyas, se ayudaron mutuamente á crear ese disparate...

Fischer seguía bebiendo con más prisa que nunca, y acabó por decirme tonterías y por olvidarse con quién estaba tratando.

— Sí, en México, en México se pueden sacar los cinco millones... ¿Ve usted ese balcón? Allí se rompió la triple alianza. Cuando los músicos españoles estaban tocando á la luz de grandes cirios, Prim salió y dijo colérico: «¡Moño, marchaos con la música á otra parte!...» ¡Sí, sí, de Prim!... ¡de Prim era ayudante!... ¡Y en México está!... ¿Quieres que le busquemos? Te ofrezco entregártele atado de pies y manos... ¿Quieres, amor mío?

Luego se volvió á la señora de al lado y á poco más beber lanzó con furia de bomba impelente el vinazo que le llenaba la tripa.

Al día siguiente salimos de Orizaba; pero cuando llegábamos apenas á Acultzingo recibió Miramón un recado diciéndole que Fischer no podía caminar. Alarmóse el general, se espantaron los pelucas viejas, que no quisieron emprender la vuelta sin el auxilio de una buena escolta y la noticia de la indisposición de Fischer llegó á oídos del mismo Maximiliano.

— ¿Pero qué es lo que tiene el casto Fischer? preguntó con sorna.

Todos los presentes se vieron entre sí sin atreverse á decir nada. Sólo Lacunza tomó la palabra y dijo con risa que le movió la sotabarba y le iluminó los anteojos:

— Sire, está *crudo*.

— ¡Adelante, adelante! ordenó Maximiliano muerto de la risa y conociendo la trascendencia del término como conocía la de casi todos los mexicanismos.

Y el Padre se quedó en Acultzingo, dándonos alcance en Puebla.

Cuando paramos en la posta inmediata, salió de su coche Cortés Esparza, vestido de levita y sombrero negros; y con locuacidad que no le había visto, me dijo lleno de una rabetilla concentrada que se le conocía á legua:

— ¿Le extraña verme estas trazas, sin el sombrero y la levita á lo Maximiliano? Pues no se maraville; es que ya se acabó el imperio, es que el Emperador pasa de jefe

de la nación á jefe de rebeldes; es que en Orizaba destruyeron los mochos el pensamiento que tan mal supieron concebir y que lograron plantear todavía peor. De aquí en adelante, otro cantar... otro cantar, no cabe duda.

Y subió malhumorado al coche de sopandas en que le aguardaban Lares y Lacunza.

FIN DE «LA CORTE DE MAXIMILIANO» Y DEL TOMO SEGUNDO.